

Emigración antes del alba

Iván Medina Castro

Universidad Autónoma del Estado de México

ORCID: 0009-0006-3270-2033

*Como el jardinero del cuento, Federico, por evadir a la muerte,
fue directamente hacia la muerte.*

José de la Colina

VIENE ÉL DE MISIVA EN MISIVA con la esperanza de hallar en algún lugar cabida. Ha enviado infinidad de cartas a periódicos extranjeros que las miradas de los oficiales de correos confundían su búsqueda con la soledad y ésta con una inútil esperanza. Corría el segundo año de guerra y las fuerzas de la alianza bombardeaban en ocasiones Nápoles.

La buena nueva llegó de un país lejano y de manera inaudita como los asaltos de las aeronaves Hellcat estadounidenses. Apenas tuvo tiempo para vestirse y salir rumbo a la oficina postal. Tras recibir la carta, la besó con un entusiasmo del que no se creía capaz. Alrededor, la violencia continuaba su proceso aniquilador entre cuerpos pulsátiles y la marcha castrense. Así pasaban los días: efímeros para la historia y eternos para el ser, pero por un rato las cosas para él se veían brillantes y limpias. Ahora se respiraba un aire más propio de una aurora de damasquina que este hecho de queroseno.

Parte del contenido de la misiva se leía:

Muy señor mío, seguramente no hubiera usted visto carta mía, si no es que después de muchas cavilaciones y oponerme a los comentarios viperinos de las vecinas y mi familia me animé a escribir y, aunque mi confianza pueda serme nociva, he decidido aceptar su propuesta de matrimonio. Espero honre su palabra y que efectivamente sea un hombre de bien.



A pesar de esa posibilidad real de escape, las nuevas condiciones de vida impuestas por la estructura de la ciudad poscolonial se concebían más bien igual a un desarraigo del hombre de lo que le corresponde tradicionalmente: el país, la ciudad, el barrio, la casa; en ese exilio figuraban también los horizontes tran-

quilizadores de la fortuna, manifiesta en la otrora Ciudad de los Palacios. Sin embargo, él se aferraba a su arraigo y clamaba: ¿qué será de las calles de Campania? Según le habían contado, los corredores de la Ciudad de México eran incómodos por la turba y el ajetreo, pero llenos de edificios señoriales, bulla y colorido, similar a Italia.

Después de la noche anterior velada por las sirenas antiaéreas, advirtió la mañana iluminada por el polvo suspendido de los muros resquebrajados. Quizá eran las seis cuando la luz matinal caía sobre el andén. Él se estiró y releyó la epístola escrita a puño y con una letra temblona, signo evidente de cuán agitado estaba el corazón de la mujer cuando se ocupaba de ello. Al concluir, guardó la carta en una cubierta y sin más se embarcó en un mercante con destino al Nuevo Mundo, colocado entre el exceso de la dicha y del infortunio.

El navío blandió la punta de la nariz anteponiéndose a la violencia del viento austral y navegó por el Océano Atlántico infestado de submarinos sobre la ruta trazada por conquistadores, esclavistas y bucaneros.

Al rayar el día, se levantó y partió al mercado del barrio de Tacubaya. No estaba aún a cincuenta pasos del caserón cuando vio a alguien que lo seguía. Empezó su caza y marchó por un despoblado, atajo al fin, cuando de pronto el maleante con chaira en mano lo sorprendió a la vuelta de una enramada. Los ojos del forastero bailotearon, pero no se acobardó y de pie ante un destino incierto pensó que no había sobrevivido a la metralla, a los morteros y a los tanques para flaquear en ese momento y sobre el barro que pisaba construyó trincheras y sepultura.